

## Escenas locales pintorescas

Y nuestro hombre despertó poco a poco... ¿Dónde estaba? ¿Qué era lo que veía? En realidad, no veía otra cosa sino un trozo de cielo azul recortado por unos muros, de traza octogonal que carecían de puertas y ventanas. Aquel recinto era a manera de un pozo, pero de fácil salida dada su escasa altura y los salientes que ofrecían las vetustas piedras de las paredes. Se encaramó, pues, por ellas y pronto se agarró a la cornisa.

Al asomar la cabeza, una brisa suave y perfumada oreó su cuerpo haciéndole renacer las facultades intelectuales. A gran distancia tenía ante sus ojos el dilatado mar; se volvió de espalda y pronto reconoció el paisaje: la Peña de Aya, San Marcos y Choritoquieta en las cresterías de las montañas; Rentería y Lezo en el fondo de los valles. Ahora lo comprendía todo: había dormido dentro de uno de los torreones de Jaizquibel.

En dos saltos se halló fuera, dueño ya de sí, merced sin duda al desentumecimiento muscular. Y empezó a recordar los motivos que le habían llevado a aquella altura.

\*\*\*

Recordaba, los «cuentos» de sus amigos asegurándole que a Marichu, la Dulcinea de sus ensueños, se la había visto «tanguear» una tarde en el Venecia. Creía escuchar de nuevo las protestas y negaciones de ella, que no bastaron para arrancar de su pecho el terrible dardo de los celos. Recordaba... la calle de la Magdalena, su visita a «La Adivinadora», quien enterada del caso, y ayudada en su oficio por «La Cuatro Pelos», extendió un naipe sobre la mesa a guisa de solitario, musitando a las vez unas misteriosas oraciones. Después, el plan a seguir hasta que aquella pizpireta y veleidosa «chavala» confesase sus culpas o se fuese «secando» lentamente.

«Cogerás — le dijeron — espliegos y romeros en los lugares más solitarios que conozcas, bebiendo a continuación unas gotas del líquido de este frasco para que así auyentes los malos espíritus; dejarás secar tales hierbas; cada noche, al acostarte, tomarás un puñado de ellas, y, después de rociarlas con este otro líquido, las convertirás en sahumero.

Todo esto lo recordaba perfectamente; sin embargo, para afianzarse más en sus juicios, metió la mano en un bolsillo y sacó las plantas que había puesto entre unos papeles: se extrañó de hallarlas tan secas y frágiles como las que figuran en los herbarios. Buscó en su chaleco, y encontró los frascos. Al contemplarlos, no pudo menos de lanzar una gran exclamación: los había confundido bebiendo gotas del líquido destinado a producir humo. Esta había sido, pues, la causa de su letargo.

\*\*\*

Y nuestro hombre, avergonzado de la aventura, y viéndose con las ropas descoloridas y el pelo exageradamente crecido, echó a correr «monte traviesa» en dirección a su pueblo. Tras no pocas subidas y bajadas, se halló en plena Estación del Norte de Rentería.



Le extrañó la abundancia de material en las numerosas vías, y la gran cantidad de bultos que abarrotaban los andenes obligando a que viajeros y empleados caminasen a saltos. Un viejo vagón — sin duda el más viejo de la Compañía ostentaba este rótulo: «Sala provisional de espera» Después, una interminable fila de otros vagones astillados, ennegrecidos, y también sin ruedas, en los que se leía: «Almacenes de gran velocidad».

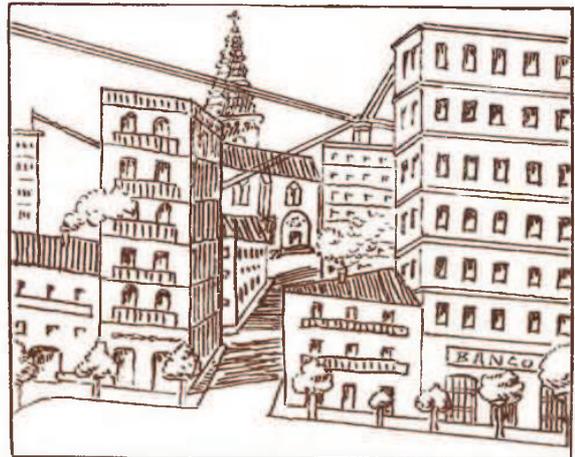
De su marasmo le sacó el ruido de un tren que pasó a vertiginosa marcha lanzando grandes destellos. Y creyéndose bajo el influjo de una pesadilla, corrió y corrió carretera adelante hasta la entrada del Puente de Ugarritza, donde un guardia, alzando su porra, le aconsejó muy finamente que utilizase un taxis si llevaba tanta prisa. Obedeció bajando sus ojos, que apreciaron una vez más las amarillentas aguas de la ría; después los alzó y por poco se desmaya: — ¡El «Panier Fleury» tenía cinco comedores superpuestos!

\* \* \*

Indudablemente había perdido la razón; sin embargo quiso probarla acercándose a leer un gran cartel enclavado en la salida del puente, que decía: «Las Autoridades no pueden hacer otra cosa en favor del viandante, sino recordarle que es peligrosísimo el atravesar a pié esta carretera en la que ocurren numerosos atropellos por año».

Y mientras esperaba el raro momento de llegar al otro lado con vida, de una papelería colocada a pocos metros de él sacó un periódico y quedó helado al leer la fecha allí consignada: «Domingo 20 de Julio de 2.051». Había, pues, dormido ¡más de cien años! ¡Era el único superviviente de su generación!

Sin darse cuenta se halló en la «Alameda Pequeña». Encontró, todavía, el ridículo arbolado de antes; el templete de la música era mucho más hermoso y más grande. ¡Los años que haría que Iraola y sus huestes se hallaban marcando un largo silencio!



Muchas casas de la Alameda habían sido substituídas por edificios de las más caprichosas formas y alturas. La fábrica grande de tejidos, convertida en hangares; y la huerta de delante en «Estación aérea de la línea Lezo-Rentería».

Su curiosidad le obligó a interrogar a un empleado, quien, en breves palabras, le puso al corriente de todo:

— «El tranvía proyectado por Gorospé, no pudo sentar sus railes por ninguna parte; entonces la Empresa estudió un metropolitano, que también fué abandonado en vista de las dificultades de construir el túnel bajo el río Oyarzun. Se adoptó, como única solución, la vía aérea. Y ahí tiene usted el dirigible que va a partir dentro de pocos minutos».

En efecto, allí estaba amarrado al famoso poste del tranvía que ya en sus tiempos salía de un tejadillo lateral del «Parque de Bomberos».



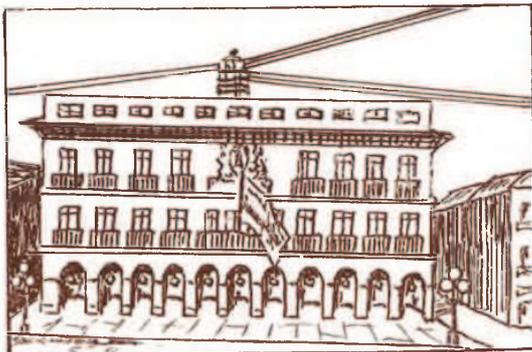
Preguntó nuevamente al amable empleado:

—¿Qué suerte corrió aquella fábrica de Tejidos donde se hacían telas que eran hasta la admiración de los catalanes?

—¿Cerró el negocio al poco tiempo de funcionar las «Grandes Manufacturas de Sedería Manchester-Larzabal», Usted ignora que en este último sitio, donde se aprovechan hasta los palos de las escobas viejas, trabajan 15.000 obreros. Hoy día las mujeres se visten sólo con seda: cuatrocientos o quinientos gramos bastan para un equipo completo.

\*\*\*

Más de media hora llevaba nuestro héroe extático ante la nueva Casa Consistorial de la villa, la cual ocupaba el frente comprendido entre las calles Capitanenea y Santa María. ¡Bien se había llevado a cabo el proyecto de ampliación y mejora de tal edificio!



Penetró en el larguísimo porche que corría de una a otra esquina; admiró la soberbia entrada y el arranque de una alfombrada escalera en cuya barandilla de mármol había artísticos candelabros de bronce. Un ujier de levita con botones dorados, y «fort ganté», le cerró el paso. Continuó, por tanto examinando el exterior de aquel palacio, deteniéndose ante un cuadrado colocado cerca de la gran puerta, donde figuraba el orden del día para la próxima sesión municipal; eran asuntos de trámite, una ampliación al antiquísimo «Proyecto de Abastecimiento de Aguas de la Villa» y discusión de las últimas reclamaciones presentadas al «Plano de Urbanización y Ensanche».

De pronto, nuestro hombre quedó sorprendido al leer sobre varias puertas: «Biblioteca pública Municipal». Penetró en ella y sus ojos recorrieron la gran sala llena de estanterías repletas de volúmenes, pero vacía de lectores.

El empleado dormía con los codos apoyados en un pupitre lanzando sonoros ronquidos. Podía, pues, nuestro hombre examinar algunos libros abandonados en una mesa. Abrió uno y era: «Manual del buen árbitro». En otro se leía: «Del modo de contar los puntos en el boxeo». Aun tuvo paciencia para hojear un tercer volumen; más pronto lo arrojó lejos de sí, pues trataba de «Las curas de urgencia más frecuentes en el juego del rugby».

La caída del libro, despertó al bibliotecario, quien, inmediatamente, pulsó un timbre. Aparecieron dos «polis municipales» que llevaron a nuestro protagonista a la Inspección, instalada en amplio departamento lleno de armarios con ficheros, cuadros con innumerables retratos de frente y de perfil, y miriadas de huellas dactilares.

Allí fué interrogado con minuciosidad y obligado a contar sus andanzas. El Inspector Municipal, calificó a nuestro hombre de «loco pacífico». Y lavándose las manos, cual nuevo Pilatos, descolgó el teléfono y solicitó la presencia de

su Inspector. No tardó mucho en presentarse este alto empleado quien se limitó a recordar que la consignación del Presupuesto para reclusos en Santa Agueda estaba ya agotada; «ipso facto» decretó la expulsión de nuestro hombre, al que le dió el plazo de una hora para abandonar la villa y su término.

\*\*\*

Tan corto espacio de tiempo lo quiso aprovechar el héroe de esta historia en recorrer por última vez lugares conocidos. La Plaza de los Fueros había desaparecido con las muchas adiciones hechas al Mercado. El edificio del Círculo Liberal, convertido en «Salón de Baile». El «Reina», substituido por el «Gran Cine Moderno» en cuya artística fachada se leía en gruesos caracteres: «Sesión para hoy con proyección de cualquier película de 18 largas partes».

Por todas calles, casas de diez, de quince pisos, que con frecuencia tenían a su lado otra de dos solamente. En la de Viteri contó 37 bares, 12 peluquerías para señoras y 5 cafés cantantes. De la Plaza de las Escuelas había desaparecido afortunadamente el Matadero, pero no así los vetustos caserones del frente que seguían destinados a garages y almacenes. El Frontón, estaba cubierto y dentro se celebraba el baile dominguero. De pronto, la música empezó a atacar «Don Quintín» lo que hizo huir a nuestro hombre hasta frente del Asilo Benéfico que halló con muchos más pabellones. En la verja de entrada, un prudente cartelito, decía: «¡Renterianos! Acordaos en vuestras mandas de este Asilo».



Las marismas de Iztieta, plagadas de barracones hechos con tablas y latas. Preguntó a un anciano, quien le hizo saber que aquello eran las «Casas Baratas». Por él se enteró de que los numerosos «rascacielos» que había visto a su paso por las calles, tenían todos alquileres elevadísimos y eran propiedad de los tenderos de la villa!

\*\*\*

Empezaba a cerrar la noche; nuestro personaje abandonó definitivamente su villa natal donde todo había cambiado, donde él no era más que un extraño.

Subió casi en sombras la carretera y se encontró en el «Alto de Capuchinos». Desde allí dirigió su vista hacia la bahía y, con indiferencia, oyó un gran tráfico de grúas y trenes: indudablemente habían ya construido el gran puerto de Pasajes.

Una fuerza misteriosa le obligó a retroceder por el sendero que conduce al canino bajo de Capuchinos, que estaba como en los tiempos de su primera existencia: nada en él había cambiado, ni aun las parejas de enamorados que lo recibían con miradas de odio.

En efecto, estorbaba en todas partes. Se refugió en la espesura formada por unos árboles, y sacó de su chaleco los frascos que le entregó «La Adivinadora». El uno, todavía lleno, lo arrojó lejos de sí. Destapó el otro, de cuyo líquido ya conocía por desgracia los efectos, y lo apuró hasta las hezes.

Y lentamente nuestro hombre fué cayendo en cierto sopor como de morfínmano, pues perdía los sentidos entre un vago rumor de frases amorosas.

*Studio Anuncio*

(Dibujos del autor de este artículo).